



La mala hija

Pedro Martí

DESTINO

La mala hija

Pedro
Martí

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1690

© Pedro Martí, 2025

Autor representado por EDITABUNDO, S. L., Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición: abril de 2025

ISBN: 978-84-233-6734-4

Depósito legal: B. 4.325-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: EGEDSA

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Alma se despertó antes que el sol. Nada nuevo. Incorporada sobre su cama, con las piernas flexionadas todavía cubiertas por las sábanas, contemplaba embelesada cómo la lluvia azotaba con violencia la gran ventana de su habitación. El sonido de aquellas gotas kamikazes estallando contra el cristal siempre le había resultado fascinante. Una extraña pulsión la invitó a abandonar definitivamente su cálido colchón. Cruzó de puntillas el parqué con la liviandad de un gato y apoyó su hombro desnudo contra el frío ventanal, que consiguió erizarle el vello de la nuca. Fuera de su apartamento, los charcos crecían sin control, sin nadie que se atreviese a vigilarlos.

Como cada madrugada, le parecía igual de improbable que, al cabo de tan solo unas horas, la calle del Conde Peñalver, a un pasito de Goya, fuese a perder aquella quietud para someterse al bullicio. Pronto sería de nuevo un hervidero de personas que, con unas prisas a menudo inventadas, se habían dejado en casa el nombre, el rostro y la educación. Solitaria o abarrotada, Madrid le ofrecía el anonimato que siempre había anhelado. Nadie allí la conocía a menos que ella lo quisiese, y quizá por eso adoraba la ciudad, quizá por eso le estaba costando tanto despedirse de ella.

Alma se obligó a salir de su ensimismamiento y aga-

rró el teléfono. De forma casi automática, escribió un mensaje de WhatsApp.

Alguna novedad?

Sin esperar una respuesta inmediata, lanzó el móvil sobre la cama. La pantalla, todavía encendida, iluminaba la habitación. Aún descalza, pero ya ataviada con sus vaqueros oscuros y uno de sus habituales jerséis de cuello alto, se asomó a la habitación de Cristina y la zarandeó con suavidad por el hombro.

—Cris... Cris, tengo que irme.

—¿Ya?... Joder.

Cristina tenía muchas cosas en común con Lucas, su padre, y el mal despertar era una de ellas. Se sentó a su lado sobre el colchón.

—No te levantes, no hace falta. Solo quería despedirme.

—¿Y ese ruido? ¿Sigue lloviendo?

—Sí, y no parece que vaya a parar.

—Está muy oscuro. —Se cubrió la cabeza de nuevo, medio dormida—. ¿Qué hora es?

—Hora de que me vaya si no quiero pillar tráfico.

—Ten cuidado con el coche.

—No te preocupes. Y ya sabes: si necesitas cualquier cosa, llámame, sea la hora que sea.

—Tranqui, estaré bien en casa de Mónica. —Cristina se descubrió de nuevo para mostrar su sonrisa adormilada—. Anda, vete, que se te va a hacer tarde... Y escíbeme cuando llegues.

Aquella petición le arrancó una sonrisa que se apuró en ocultar.

—Vale. Y Cris, sé buena.

—Lo mismo digo.

Le guiñó uno de sus preciosos ojos verdes, también herencia de su padre. Ya con el cinturón de servicio en la

mano, Alma se detuvo antes de dejar el apartamento. La voz de Lucas salió de algún rincón de su mente, donde se paseaba a sus anchas. De vuelta en su habitación, abrió un cajón de su armario, el único que requería llave, echó a un lado unos cuantos calcetines negros y la vio: la *baby*, como la llamaba Lucas, una Glock 26 de 9 milímetros que hasta pocos días antes de que este ingresara en el hospital había sido una especie de apéndice de su riñón. «Por si las moscas», decía siempre, aunque nunca tuvo ocasión de sacarla. Alma se disponía a llevársela consigo, pero por algún motivo cambió nuevamente de idea. Con cuidado, la cubrió de calcetines y giró la llave. En el pueblo, pensó, las moscas no serían demasiado grandes.

Unos minutos después, sin la baby Glock, pero con su fiel vaso térmico lleno de café, abrió la puerta de su viejo Peugeot. Antes de dejar el móvil en el asiento del copiloto, lo desbloqueó para ver si le habían contestado.

Sin novedades. Lo siento, Alma.

Resignada, una última mirada a través de la ventanilla antes de emprender la marcha le devolvió una oscuridad atenuada por unas cuantas farolas. La radio y ese telón negro que lloraba por haber perdido sus estrellas serían su única compañía en su retorno al lugar que la vio crecer.

I

A Anselmo Garijo, que cumplía noventa y uno el 3 de febrero, le dolía una barbaridad la rodilla, sobre todo con los cambios de tiempo. «Va a nevar», repetía cada mañana como si fuese un mantra. Resignado, aguardaba a que le llamasen del hospital para que le pusiesen de una maldita vez esa prótesis que llevaba esperando desde septiembre. Lo que tenía claro era que, por un dolorcillo de chichinabo, no iba a dejar de levantarse a las seis de la mañana para ir a cazar con su nieto Jaime, que defendía la teoría de que, por cada conejo que mataban, su abuelo le ganaba una semana a la muerte. En la mayoría de los aspectos, la mañana del 12 de enero fue un calco de la última en que fueron con sus escopetas a pegar tiros. Sallieron a la labor antes de que cantase el gallo, cuando el frío no daba tregua y la fina escarcha no discriminaba entre hierbas y malas hierbas. Iban bien abrigados, porque el ritmo al que avanzaban por el campo debido a los achaques del viejo cazador no favorecía que entrasen en calor. La expedición la lideraba la Leti, un setter inglés color *chestnut belton*, que en cristiano significaba «blanco con manchas canela». Por el modo en que bamboleaba feliz sus bonitas faldas con un ritmo casi hipnótico, era evidente que la gélida brisa no le hacía mella.

Llevaban ya colgadas un par de liebres de sendos cinturones de caza cuando, sin previo aviso, la Leti se ade-

lantó inexplicablemente, alejándose del pinar. Anselmo llevaba cazando más años de los que la mayoría de los hombres vivían, y jamás había visto a una de sus perras desmarcarse de ese modo. Hizo sonar el silbato y el animal se detuvo *ipso facto*, pero no dejó de gemir y de mover el rabo con nerviosismo ante la extrañada mirada del abuelo y su nieto. Jaime le convenció para que la dejase seguir el rastro que había encontrado, y fue él mismo quien la siguió entre los pinos, esquivando rocas y arbustos por doquier mientras los cadáveres de los conejos bailaban colgados de su cinto. Finalmente, la perra se detuvo cerca del camino a olisquear algo. A lo lejos, Jaime atisbó un bulto blanco recortado sobre la tierra.

—Aparta, Leti. Aparta, bonita. —La acarició—. Buena chica.

Recogió una zapatilla blanca de la marca Converse, sucia, a la que le faltaba la cordonera y que tenía la lengüeta doblada y sacada hacia delante.

—¿Qué es eso, nene?

Visiblemente inquieto, Jaime descubrió unas cuantas manchas circulares cerca de la puntera. Se asemejaban a pequeñas gotas secas, de un tono granate oscuro casi negro, un color que conocía bien, que había tenido que desprender en multitud de ocasiones de su ropa de caza. Cuando comprendió que aquello era sangre, su gesto se desencajó. Su Leti, sin embargo, lo miraba extrañada, con esa carita de pura inocencia que solo tienen los perros, ajena a la magnitud de la tormenta que se dirigía hacia Almansa.

Con poco más de un cuarto de siglo, Diego se envalentonó, cogió el petate y se montó en un tren tras otro para huir de allí. Resultaba irónico que uno de esos trenes repletos de sueños lo devolviese a la casilla de salida casi veinte años después. La cruda realidad era que su nombre no había firmado ningún artículo merecedor de más atención de la que dispensa un distraído café mañanero. Y eso que antes incluso de que comenzase a salirle vello por todas partes ya fantaseaba con ganar el Pulitzer con alguna historia sobre la corrupción política, sobre esos curas que abusaban de sus monaguillos, o, ¿por qué no?, con escribir una gran novela. Llegaba tarde, como casi siempre, y había comenzado a admitir que su sueño de juventud pertenecía cada vez más al terreno de la ficción.

«Lo siento, Diego. Al final no podremos renovarte. Son órdenes de arriba. Buena suerte.»

Ya, Marc, pues yo me cago en tu puta madre, Marc, desde arriba también, para que sienta la mierda caer sobre ella, Marc. A ver si te sale un tumor en el colon del tamaño de tu cabeza, Marc, maldito imbécil de los cojones.

A su jefe, Marc, ya no le interesaban sus columnas de opinión, sino artículos estúpidos y sensacionalistas para su edición digital que conseguían miles de clics, del tipo «Diez actores y actrices antes y después de pasar por el quirófano». Ya no importaba la raza del periodista, sino

sus seguidores en Instagram y los malditos *likes*. Relevancia, contenido de calidad, *engagement*, impresiones, algoritmos... *Qué puto asco*. Con treinta y nueve años, Diego Castillo parecía un viejo, incapaz de adaptarse, a solo un par de telediarios de pedir que parasen el mundo, que él se bajaba.

Al otro lado de la ventana del tren, el paisaje árido, parcheado por rectángulos irregulares de una infinidad de tonos de marrón, no le ayudaba a ser más optimista. Le hacía saberse ya lejos de Barcelona, lejos de Júlia. Lejos de su enésimo fracaso.

Despegó su sudoroso moflete del cristal para descubrir que frente a él se había sentado una chica. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí? Por suerte todavía no existía una tecnología que permitiese a los demás escuchar sus deprimentes pensamientos. Con un rápido vistazo, Diego se percató de que la joven, que contaría poco más de quince primaveras, esbozaba un dibujo a lápiz. Entendía de arte lo mismo que del SEO, pero tampoco le hizo falta para darse cuenta de que aquel era un trabajo espectacular.

—Tienes buena mano.

—Gracias. —La chica ni siquiera despejó su compacto flequillo negro para mirarle a los ojos.

—Es manga, ¿verdad? —La una asintió, el otro insistió—: ¿Quién es? Yo me quedé en Goku..., y ya era difícil de seguir tanto cambio de peinado.

—No lo conoces. Es un personaje inventado por mí.

—Ya veo... ¿Y tiene nombre?

—Lo lamento, pero no converso cuando dibujo.

A Diego no le dio la impresión de que le importase lo más mínimo parecer maleducada.

—No pretendía molestarte.

Por fin conectó con él su apática mirada color miel, protegida por unos finos y grandes cristales redondos.

—No se preocupe. Todavía no le había advertido.

—No me trates de usted, anda, que me haces sentir

viejo. —La adolescente asintió de nuevo sin soltar el lápiz—. Me llamo Diego Castillo. ¿Cuál es el nombre de la artista?

—No digo mi nombre a desconocidos.

—Bueno, técnicamente ya no soy un desconocido. Acabo de presentarme.

—Podrías haberme dado un nombre falso.

—Supongo que tienes razón, sí... —A punto de darse por vencido, se le encendió la bombilla. Alcanzó su mochila, que ocupaba el asiento de su derecha y, tras apartar un maltratado ejemplar de *París era una fiesta*, sacó de ella una carpeta que contenía recortes de periódicos de tiempos mejores, de cuando Marc todavía le pagaba cuatro duros por redactar aquellas columnas que no importaban a nadie—. ¡Ya lo tengo! ¿Ves?

Le mostró uno de los recortes. Sobre el titular, «Ciudadanos: ¿alternativa real?», salía su foto, justo encima de su nombre. Las cejas de la joven se arquearon muy levemente. No parecía impresionada en absoluto.

—Periodista.

—A ratos.

—Me llamo Irene. Y lamento insistir, Diego Castillo, pero no quiero hablar. Como ya te he dicho, no hablo mientras...

—Mientras dibujas... Ya, vale. Lo he pillado. Un placer, Irene.

Niña de los cojones...

Diego se recostó sobre su asiento y dejó que la interminable y repetitiva cuadrícula marrón y grisácea de los campos de La Mancha terminase de entornar sus párpados.

El chirrido metálico de los frenos del tren lo trajo de vuelta. Recogió la baba con el puño de su jersey y se preguntó si habría roncado. Al otro lado del cristal se alzaba como buenamente podía la vieja estación de trenes de Almansa, un edificio pequeño con un apéndice en forma

de tugurio en el que los señores mayores del barrio de San Roque se reunían después de la siesta para echar un dominó y unos carajillos bien quemados. Con un vistazo se dio cuenta de que la impertinente dibujante ya no ocupaba su asiento. Cuando el último pasajero se levantó, Diego se colgó la mochila, alcanzó la maleta y salió al fresco de la mañana. El frío de la meseta recibió su piel con la sutileza de una violenta bofetada.

—Bienvenido a casa —pensó por la boca.